

# PiNOCHO

AÑO. III  
NUM. 126

25 cts

17. JULIO  
1927

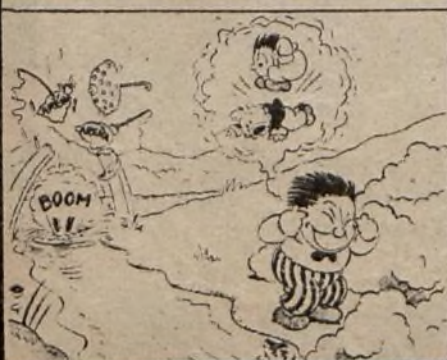


— ¿QUE TE PASA CURRINCHE, QUE PARECES PREOCUPADO?  
— PUES QUE LLEVO AQUÍ MEDIA HORA SIN PODER ACOR-  
DARME DE SI HE LLENADO EL BOTIJO O NO.

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



# EL PUENTE MALDITO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

**U**NA noche fría y de niebla del año 1854, en pleno invierno, que en el Canadá no tan sólo es larguísimo, sino también muy frío, un buen mozo de veinticinco a veintiséis años, alto, moreno, de ojos negros, entraba en una granja situada a orillas del Ottawa, que es uno de los principales ríos de aquella inmensa colonia inglesa de la América del Norte.

No llevaba más que un saco de viaje, un buen fusil y uno de aquellos largos cuchillos que los americanos llaman *bowie-knife*, y que tienen un temple excepcional.

Como todas las casas de colonos diseminadas en aquellos inmensos territorios, expuestas a menudo a los ataques de los belicosos *urones*, que son los indios más fieros e indómitos de la América del Norte, tenía el cercado construido con gruesos troncos de pino y un puente levadizo que se alzaba por la noche para no bajarlo hasta la mañana siguiente.

El propietario, un hombre de alguna edad, pero aún muy fuerte, estaba sentado delante de una inmensa chimenea, en la que ardía medio tronco de pino, charlando con unos cuantos individuos de aspecto poco tranquilizador, ceñudos, con los calzones rotos y el cinto lleno de pistolas y cuchillos.

El criado de la casa, un mestizo muy leal a su amo, oyendo que el joven pedía hospitalidad en lengua francesa, no había puesto dificultad alguna en bajar el puente y dejarle entrar.

La noche era, además, tan oscura y tan fría, que le hubiese parecido una crueldad inaudita negar la hospitalidad a un compatriota del amo, que había conservado siempre un profundo amor a la patria lejana.

El colono, al verle entrar, no había podido reprimir una exclamación de sorpresa. Aquellos ojos tan negros, aquellas altivas facciones, aquel color moreno, le habían recordado de pronto a un amigo queridísimo que había amado fraternalmente y que había regresado a Francia, después de cambiar una promesa entre los dos.

—¿Quién es usted y qué desea? —le preguntó, saliendo al encuentro del joven, que se había detenido, mirando con alguna inquietud a aquellos cinco hombres armados y cuyos rostros hacían un contraste profundo con el aspecto franco y leal del colono.

—Deseo, ante todo, hospitalidad —contestó el jo-

ven—. Tengo hambre y estoy muerto de cansancio; la niebla es profunda y no conozco el país. Hace doce horas que ando para llegar a su granja.

—¿Quién le ha dirigido aquí? —preguntó el colono, que seguía mirándole atentamente.

—¿Es usted el señor Folgat, natural de Janterre, que hace veinticinco años que emigró al Canadá?

—Sí, soy yo.

—Pues yo vengo de Francia; he desembarcado en Quebec hace dos días, y le traigo una carta...

—¿Cómo se llama usted?

—Soy el hijo de Félix Gar...

—¡Silencio, en nombre de Dios! —exclamó el colono, poniéndole una mano en la boca.

Habíase puesto pálido. Cogió al joven de la mano y le condujo junto a la chimenea, diciéndole:

—Caliéntese, hijo mío. Ahora le daré de comer y beber, y después una buena cama.

El extranjero, aunque se hubiese quedado asombrado por aquellas palabras y aquella acción, sentóse en seguida frente al fuego, mientras los cinco zarrapastrosos le observaban con sospechosas miradas.

Habiendo interrumpido de pronto la conversación, miraban al colono como preguntándole quién era aquel intruso que venía a estropearles la noche.

—Es un pobre muchacho extraviado en la niebla —había contestado Folgat en voz baja.

Los cinco mendigos o aventureros se habían puesto a fumar y a beber, hablando entre

ellos en una lengua que el joven no acertaba a comprender.

Folgat, entre tanto, que parecía vivamente emocionado, había servido al hijo de Félix Gar... un pedazo de fiambre y una botella que llevaba la marca de Burdeos, vino excelente, sobre todo en aquellos parajes, y que probablemente el colono tenía guardado para algún caso extraordinario.

Aquella botella había excitado la envidia de los cinco aventureros, que se habían tenido que contentar con un mal aguardiente norteamericano.

—Compadre —dijo uno de ellos al colono en tono confidencial que le hizo arrugar el entrecejo—. ¿Ese joven es algún príncipe del otro lado de los mares para obsequiarle con Burdeos?

—Yo obsequio como quiero y con lo que me da la





gana a mis huéspedes— contestó el colono algo irritado.

—Y como nosotros somos unos desastrados —replicó otro—, nos basta un mal aguardiente, y hasta hace falta que lo paguemos, mientras...

—¡Basta ya! —gritó Folgat.

—¡No levantes el gallo! —exclamó un tercero, que ya estaba completamente borracho—. ¡No sea que el *Oso Rojo* haga que lo bajes! El Puente Maldito no está muy lejos, y él está allí siempre esperando. Si quieres, haremos que pague el gasto ese príncipe de los pordioseros que bebe Burdeos!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el joven extranjero se echó sobre el insultante, soltándole dos bofetadas tan poderosas, que le hicieron rodar en medio de la habitación.

—¡Canalla! —gritó el joven—. Esto te enseñará a respetar a un francés.

Los compañeros del abofeteado, aunque estaban menos borrachos, se habían levantado echando mano a los cuchillos; pero el joven, de un salto, se había apoderado de la carabina, apuntándola contra aquellos bribones y gritando:

—Si dais un paso o echáis mano a las pistolas, os hago polvo.

Folgat no había permanecido inactivo, y cogiendo el hacha que le servía para partir leña, habíase puesto al lado del valeroso joven, diciendo con voz imperativa:

—¡Fuera de aquí! Ya estoy harto de vuestras exigencias... ¡Fuera de aquí, o suelto los perros!...

Los cinco aventureros, amedrentados por las amenazas del joven, cuya fuerza ya había probado uno de ellos, y hasta del hacha del colono, que parecía pronta a partirles la cabeza, dejaron en paz las armas y dirigieron hacia la puerta, diciendo:

—Nos vamos; buenas noches.

El joven les siguió hasta el puente levadizo, siempre amenazándoles con el fusil; lo mandó bajar por el criado, y cuando vio a los borrachos desaparecer en la niebla, volvió a la cocina, en donde Folgat le estaba esperando con los brazos abiertos.

—¡Aquí, sobre mi pecho! —exclamó el colono con voz conmovida—. Cómo te pareces a tu padre, Félix Garran, hasta en el valor. Creía que había olvidado la promesa que me hizo hace diez años poco antes de marcharse. Recuerdo bien sus palabras: «He dejado

un hijo en Francia que ya tiene quince años, y tú tienes una hija que tiene nueve. Júrame que un día casaremos a nuestros hijos para remachar de este modo y para siempre nuestra inalterable amistad». ¿Es así, Roberto Garran? ¿Fueron éstas sus palabras?

—Sí, señor Folgat —contestó el joven—. Me las repetí antes de morir, hace un mes.

—¡Ha muerto mi amigo! —exclamó el colono con un acento de dolor tan intenso, que conmovió profundamente a Roberto.

—Expiró en mis brazos —replicó el joven con voz triste—, y la última palabra que salió de sus labios fué su nombre...

El colono dejóse caer en una silla sollozando y balbuceando con voz entrecortada:

—¿Podré mantener ahora mi promesa? ¿Por qué no llegaste hace tres meses? Entonces el *Oso Rojo* no había venido aún y no había visto a mi hija Ellen.

El hijo de Félix Garran no comprendía el motivo de la desesperación del colono, del amigo íntimo de su padre. ¿Qué tenía que ver el *Oso Rojo* con su felicidad?

—Lea la carta que me dió mi padre para usted poco antes de morir —dijo por fin Roberto.

Folgat secóse las lágrimas, y cuando hubo leído la carta, su desesperación, en vez de disminuir, fué en aumento.

—¡Y si yo en vez de hacerte dichoso fuese la causa de tu perdición! —exclamó poniéndose en pie y paseándose agitadamente por medio de la habitación.

—Perdone, señor Folgat —dijo Roberto—; pero conviene que me explique usted...

No soy ningún chiquillo y hace poco le he demostrado que, a Dios gracias, no me falta el valor.

—Escucha —contestó el colono sentándose junto al joven—. Hace tres meses llegó a esta comarca, que, como sabes, está casi deshabitada y se encuentra bien lejos de todo centro civilizado, una cuadrilla de seis aventureros capitaneados por un hombre que se hace llamar el *Oso Rojo* a causa del color de su barba y de su fuerza prodigiosa.

Esos bribones, que deben ser escapados de presidio, no tardaron en aterrorizar toda la comarca, imponiendo tributos a los pocos colonos que la habitamos.

Viven junto al Puente Maldito, sobre el Ottawa, que es el único que hay en estos parajes, puente del que



(Continuará en el número próximo.)

**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA

¡ESTO NO ES LO QUE  
YO HE PEDIDO!

¿QUIEN TE HA MAN-  
DADO TRAER ESTA  
LANGOSTA?

?

?

¡TE PRESENTO AL JEFE  
DE MI OFICINA, LE HE IN-  
VITADO A CENAR!

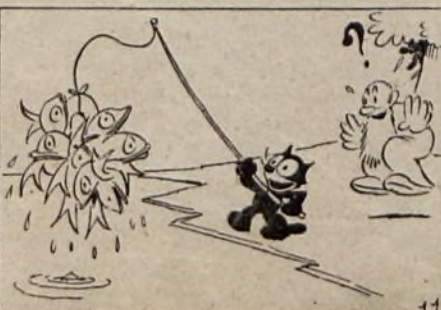
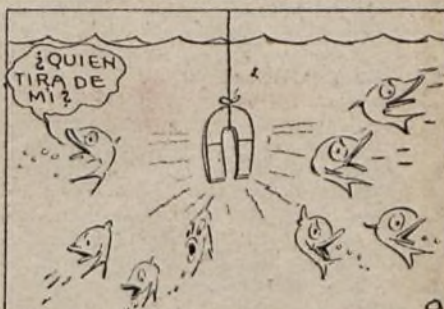
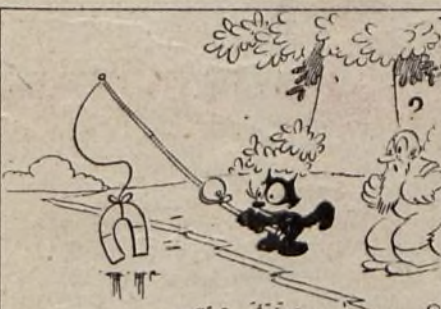
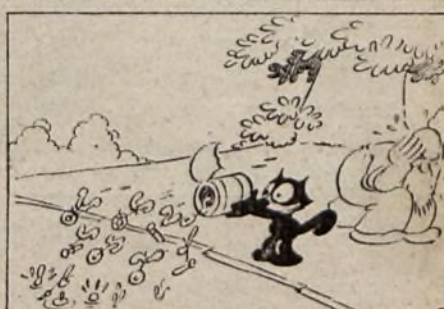
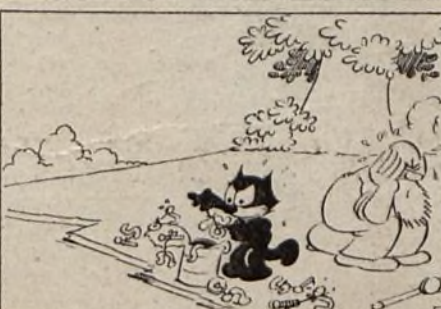
¿QUIEN TE HA MAN-  
DADO TRAER ESA  
LANGOSTA?

**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**

¡SE ME HAN OLVIDA-  
DO LOS ANZUE-  
LOS!

¡QUE LÁSTIMA  
QUE SE DES-  
PERDICIE ES-  
TE CEBO!

¡QUE  
MEMORIA  
TENGO!



# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

La impresión que sintió Alberto por aquella rápida sucesión de hechos emocionantes y de revelaciones inesperadas era tal, que necesitaba de la presencia de miss Polly y de su anciano protector para convencerse de que no era presa de una rara pesadilla o de un acceso de locura.

Su inocencia reconocida por la persona a quien amaba; recobrado el amor de miss Polly más firme y desinteresado que antes; Flaxman, autor de aquella trama digna de un demonio; la Secta de los Estranguladores; el desdichado capitán Davy, a quien él creía muerto, apareciendo, por el contrario, como un fantasma vengador; aquella gallarda fuga que tan bien le había resultado; la presencia a bordo de aquella joven bella, pura, fuerte y animosa, y vibrante de amor, que, a pesar de sus advertencias, no había querido separarse de él, prefiriendo cualquier peligro... todos estos pensamientos afluían a la mente de Alberto, semejantes a un enjambre de mosquitos, entre los cuales el ojo que los mira no sabe en cuál de ellos fijarse.

Y a estos pensamientos se unían otros que le entristecían.

Había herido de un modo irreparable a un hombre sin culpa; le había arrojado, de una posición envidiable, en la miseria y el dolor; le había quitado la hija, después de haber sido la causa involuntaria, pero inicial, de la muerte de su esposa.

Todas estas acusaciones le causaban horribles sufrimientos morales, de los cuales sólo una parte podían mitigar las palabras cariñosas de miss Polly y del viejo presidente, haciéndole considerar la esperanza en la salvación de Ellen y la posibilidad de resarcir al capitán Davy de los daños financieros sufridos.

Poco a poco, mientras el velero marchaba hacia el Noroeste, fuese aquietando la penosa excitación de aquel ánimo fiero, aunque justo, y Alberto pidió que le dejaran sólo en el camarote.

Encerróse en él y se puso a reflexionar, ya más sereno, sobre los sucesos en que él jugaba un papel tan importante y sobre la línea de conducta que le convenía seguir.

—Es preciso que abandone esta vida— murmuró de pronto, llevándose una mano al pecho, anhelante—. Si miss Polly quisiera seguirme, nos refugiaríamos en cualquier rincón ignorado de la tierra, y allí ocultaríamos nuestro amor a miradas indiscretas, y quizás gozáramos aquella felicidad que... ¡Oh!, ¿qué es esto?

Sacó la mano del seno y en ella un pliego sellado, a cuya vista palideció.

—¡Ah, lo había olvidado!— balbució con amarga sonrisa—. No soy libre: una cadena invisible, pero que no es posible romper, me sujeta a otros hombres y a otro ideal, de los cuales soy el instrumento, el ejecutor.

Este pliego que el presidente me ha entregado en el Hotel de Holanda me revelará, al fin, el propósito por que se me hizo formar un equipo de piratas, robar el *General Belgrano* y lanzarle a través de los mares como un buque fantasma que siembra el terror a lo largo de su ruta.

He tenido un hermoso sueño... veamos ahora la realidad.

Arrancó los sellos, y desplegó una hoja de papel en que estaban escritas las siguientes palabras:

## «COMITÉ SECRETO DE LA LIGA DE LOS FENIANOS

*Dirección general de los Clubs*

Mr. Alberto Wendover.

Por voto unánime de la asamblea de Jefes, os decretamos solemnes encomios por vuestra conducta, la cual nos hace confiar en que sabréis llevar a feliz término la atrevida empresa para la cual fué conquistado el crucero que tenéis a vuestras órdenes.

Como sabéis, la vida de los más conspicuos personajes que forman parte de las familias reinantes en Europa se rige por normas especiales casi siempre de carácter político.

Estas normas tienen especial importancia, sobre todo cuando se trata de soberanos o de príncipes herederos, y a veces el programa de lo que ha de hacerse está dispuesto desde años antes, salvo las modificaciones que exijan las circunstancias.

Pues bien, hace cinco años, en 1880, el Comité Secreto tuvo conocimiento de que el heredero del trono inglés había expresado su intención de hacer un viaje a la India y Australia, señalando su ejecución para los primeros meses del 1885.

Tan largo lapso de tiempo, impuesto por razones políticas y por decisiones tomadas antes, de las cuales es inútil hablar, nos proporcionó manera de concebir un plan temerario, al parecer imposible para quien no se llame Alberto Wendover, el comandante del *Crucero sin nombre*.

El plan es el siguiente: apoderarse del príncipe, conducirle a un lugar seguro y desconocido, tratarle con todas las consideraciones debidas a su rango, pero no devolverle la libertad en tanto que el Gobierno inglés no haya concedido a Irlanda la independencia que todo buen *paddy* reclama.

El premio para quien haya sabido llevar a cabo tal empresa es el más grande a que puede aspirar la ambición de un hombre fuerte, atrevido, genial: ¡un trono!

Y vos sois ese hombre; vos, hecho el dueño absoluto del mar; vos, que habéis demostrado que no existe la palabra imposible para quien quiere obrar.

Intentadlo: el príncipe de Gales ha emprendido el viaje hace varios meses y hacia fines de junio estará en el Océano Pacífico: es decir, en vuestros dominios.

Una fuerte división naval acompaña al yate real, pero eso no os debe desanimar: encontraréis ocasión para facilitar el éxito del golpe.

Se os deja en amplia libertad de acción: usad la astucia, o emplead la violencia; atacad con vuestro crucero al yate real, o raptad al príncipe por medio de un audaz golpe de mano, mientras esté en tierra.

A un hombre como vos ningún obstáculo puede detenerle.

*El Comité Secreto d. l. d. F.»*

—¡Son unos insensatos!— exclamó Alberto a la lectura de tal escrito—. ¡Yo apoderarme del heredero de uno de los más poderosos reinos del mundo... irle a buscar en medio de una poderosa escuadra, o de un grupo de soldados, de guardias o de policías!...

¿Es una broma pesada, o un recurso para obligarme a cometer una fabulosa locura, para librarse de mí, por temor de que mi creciente popularidad pueda llevarme a ocupar aquellos altos cargos que otros ocupan ahora?

¡Oh, sí; no hay duda, así es... se busca mi muerte, mi desaparición, y, ya que no se atreven a asesinarme de una simple puñalada, se me impone este acto heroico-cómico, esta inútil locura, con la promesa de un trono...

¡Ah, tontos e insensatos; tomad, lo rechazol

Y Alberto arrojó lejos de sí el papel, que oprimía convulsivamente en la mano, como si estuviese allí, escuchándole, el que había ideado tal maquinación.

Pero poco después el joven pirata recogió el pliego y leyóle de nuevo.

—Veamos—dijo, pasándose la mano derecha por el pelo—. ¿Es verdaderamente una locura?... ¿Es de todo punto imposible realizar esto?...

¿Y si lo intentase, si resultase bien?... ¡Qué idea! Podría ofrecerle a ella un trono, podría colocar a sus pies una corona.

Hay ejemplos de empresas semejantes que han salido bien; la Historia habla de simples caballeros que llegaron a reyes gracias al éxito de un golpe de mano, y bien puedo yo renovar las fabulosas gestas de los tiempos heroicos.

Reflexionemos: el *Crucero sin nombre* es el barco de guerra más veloz y potente del mundo; su tripulación está compuesta de hombres dispuestos a perder la vida, más que por la independencia de la patria, por el rico botín que se les promete; a su comandante no le falta, puedo decirlo sin rubor, ni valor ni inteligencia.

Pues bien, Dios y San Patrick, que protegen a Irlanda, me protegerán a mí: voy a intentarlo.

Apenas había terminado de tomar mentalmente esta decisión, algunos pasos precipitados sonaron en el pasillo, y fueron seguidos de algunos golpecitos, dados con mano impaciente, en la puerta cerrada del camarote.

Alberto corrió a abrir: era el segundo oficial.

—Comandante—dijo éste—, vuestra presencia es necesaria en el puente.

—¿Qué pasa?—preguntó Alberto, nublándosele el semblante.

—Nada grave por el momento.

—¿Cómo por el momento?

—El capitán cree que nos amenaza un serio peligro.

—¡Diablo!, ¿y de qué clase?

—Probablemente, se trata de un buque de guerra que nos persigue.

—En tal caso, hay que salir de dudas al momento y tomar las medidas necesarias sin dilación.

Seguidme.

Los dos hombres salieron sobre cubierta, y allí encontraron al capitán del velero, al presidente y a miss Polly, que miraban con cierta agitación a un barco de guerra que seguía su ruta, acercándose cada vez más.

Aunque el viento era favorable y el velero corría velozmente, era evidente, sin embargo, que, si aquel buque intentaba alcanzar a los fugitivos, no tardaría en conseguirlo.

—¡Animo!—gritó entonces Alberto, dirigiéndose al capitán—; recurramos a medios extremos: que enciendan los fuegos y descubran las piezas de popa.

Creo que vamos a asistir a un curioso espectáculo.

Tales órdenes fueron acogidas sin ninguna extrañeza y transmitidas inmediatamente a la tripulación.

Un cuarto de hora más tarde podía observarse a bordo del velero una escena bastante interesante: en el centro del barco aparecía, impelida por fuerza misteriosa, una chimenea de las que gastan los vapores, mientras una parte del castillo se abría, dejando ver dos piezas de artillería de grueso calibre, cuya existencia, hasta aquel momento, nadie habría sospechado.

Estas raras maniobras debieron ser notadas por la tripulación del barco de guerra, el cual—los lectores lo han adi-

vinado ya—era el crucero inglés lanzado por el Cónsul en busca de Alberto Wendover y sus compañeros.

De pronto vióse a bordo de éste una nube de blanco humo y oyóse el estampido de una descarga, que fué a perderse en el espacio desierto e infinito.

—Es una señal—dijo Alberto, no oyendo el silbido de ningún proyectil en el aire, ni viéndole caer en el agua—. Nos mandan parar.

—¿Contestamos?—preguntó el capitán del velero.

—Esperad.

—Bien.

—¿Cuándo tendremos presión suficiente?

—Dentro de unos minutos.

—¿Creéis que nuestro barco puede competir en velocidad con aquel crucero de guerra?

—Sí.

—¿Y superarla?

—No lo aseguro; quizás con una condición...

—Decidla.

—Que se consiga el máximo de presión.

—Procurad obtenerla lo más pronto posible: deseo evitar un combate serio.

—¡Diablo!

—Sí; tenemos a bordo una joven a quien debe evitarse todo peligro; su vida es para mí preciosa, recordadlo, capitán.

Nos limitaremos a cambiar algunas tarjetas de visita.

Como si hubiesen sido oídas tan irónicas palabras, un segundo cañonazo resonó en las baterías de proa del crucero inglés, pero esta vez fué acompañado de una *tarjeta de visita* en forma de proyectil, el cual entró silbando por entre el velamen del barco, destrozando la cofa.

—¡Tunantes!—exclamó el comandante del *Crucero sin nombre*, sonriendo irónicamente—. Parece que tienen prisa por entablar conocimiento con nosotros; pues bien, vamos a complacerles.

Y se volvió a los hombres que estaban junto a las dos piezas.

—¿Dispuestos?—dijo.

—Dispuestos—le contestaron.

—Muy bien.

Acercóse con fría calma a un cañón, apuntó durante tres segundos y disparó.

Agudos gritos, de rabia más que de dolor, oyéronse en el crucero, dando a entender que la bala había cumplido perfectamente su misión; después, un vivo fuego en descarga cerrada sacudió con fuerza las capas atmosféricas y una granizada de hierro cayó en torno a la nave pirata, sin causarle daños de consideración.

Alberto dejó extinguirse aquel inofensivo estrépito; luego se acercó tranquilamente al segundo cañón, y, a la vista de miss Polly, que no manifestaba emoción ninguna, hizo fuego.

El resultado de este nuevo disparo debió superar al primero, pues los gritos de furor llegaban hasta las nubes.

En aquel momento el capitán vino a anunciar que aumentaban con rapidez espantosa las atmósferas de la caldera y que dentro de unos momentos o saltarían por el aire o estarían fuera de peligro.

—Está bien—replicó Alberto—. Dos *tarjetas de visita* son suficientes para aquellos señores; ya podemos marcharnos.

¡Ea, a la Isla Innominada, y a todo vapor!

Cinco minutos después el falso velero se encontraba libre de toda persecución y marchaba con rapidez hacia su destino.

Llegados a la Isla Innominada, Alberto Wendover, el presidente y miss Polly embarcaron en el crucero, cuya reparación había terminado, y volvieron a hacerse a la mar.

—Señores—había dicho el joven comandante a los tripulantes—, os conduzco a una empresa que nos proporcionará gloria y riquezas, o la muerte.

(Continuará en el número próximo.)



# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-VOY A HACER AQUÍ  
UN HOTO MUY GRAN  
DE PARA SEMBRAR  
FLORES



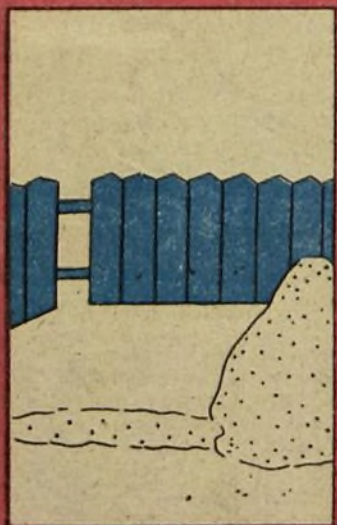
-YA HE ECHADO LA  
SIMIENTE, PERO VOY  
A CAVAR MAS  
PARA QUE SAL-  
GAN CON MU-  
CHA FUERZA



-OTRO POCO  
TODAVIA



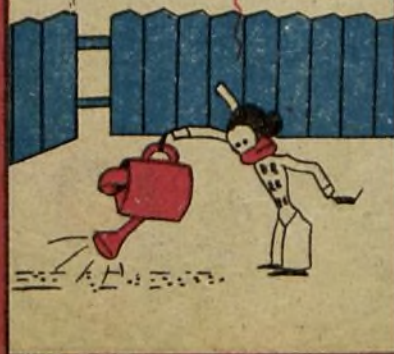
-¡CORCHOLIS! HABRÁN  
SIDO SEGURAMENTE LAS  
HORMIGAS. ESTO LO TAPÓ  
YO EN MEDIO MINUTO



-¡UNA VOZ DE ULTRA-  
TUMBA! Y PARECE LA  
DE DON TURULATO.



-ESTA TIERRA ES  
MUY BUENA. REGARÉ  
PARA QUE SALGA EN  
SEGUIDA.



-¡MAS AGUA, CU-  
RRINCHE! NO DEJES  
DE REGAR HASTA  
QUE SALGA DEL TODO



-¡DON TURULATO  
DE MI VIDA!



KHILTO



# POTIPÁN Y CAÑAMÓN





# CUENTOS DE CALLEJA

## A PILLO, PILLO Y MEDIO

Castillo



En una comarca española se sucedían los robos con extraordinaria frecuencia, sin que lograsen las autoridades detener al autor de tales fechorías.

En vano la Guardia civil recorría los más apartados senderos y los escondites más propios para el albergue de un bandido; no encontró ni rastro del criminal.

Los que alguna vez le vieron manifestaban que era un hombre alto, vestido de gris; pero que llevaba un antifaz que impedía reconocerle.

Y como preguntar en el campo por un hombre vestido de gris es lo mismo que preguntar en Berlín por un hombre rubio, o en la China por un hombre amarillo y con los ojos oblicuos, los guardias se abstuvieron de formular aquella pregunta, que hubiera sido acogida con carcajadas.

Llegaba la noticia de otro robo, y vuelta a emprender la persecución del bandolero, que se desvanecía sin que se supiera nunca dónde se hallaba. Siempre que se hablaba de él, y se hablaba muy a menudo, la noticia de su aparición iba acompañada de la de un robo de importancia.

Y guardias, alguaciles, jueces y magistrados se desesperaban viendo cómo se burlaba de ellos aquel ladrón impalpable e invisible, que traía atemorizada y nerviosa a la población.

Más de una vez se pensó en armar a los vecinos y hacer una correría por el monte; pero los pacíficos habitantes de aquella comarca no se atrevieron a salir por los escabrosos caminos de la montaña.

Por fin, después de quince días, durante los cuales el *hombre gris* no hizo de las suyas, se supo que estaba en la cárcel de un pueblo inmediato a la capital cierto individuo vestido con un traje gris. El tal sujeto había sido preso por sospechoso. La Guardia civil le encontró en un camino, y no supo contestar a sus preguntas.

Al principio le creyeron mudó; pero luego les dirigió la palabra en un idioma desconocido para la pareja de la Benemérita.

Suponiéndole extranjero, le pidieron por señas que mostrase su pasaporte; viendo que no obtenían resultado, entraron en sospechas de que fuera un malhechor, y le llevaron a la cárcel hasta tanto que identificase su personalidad.

Cundió la voz de que aquel era el misterioso ladrón y la gente acudió a verle en la cárcel.

Cuanto habían sido robados pidieron un careo con el detenido, y, al fin de un prolijo examen, unos decían que se les figuraba que era el que los robó y otros creían que no era el delincuente tan temido.

En una palabra, la justicia estaba perpleja y no sabía a qué atenerse.

Por otra parte, el juez había tenido que suspender el sumario porque no había modo de entenderse con el reo. Este hablaba un idioma extraño, muy gutural, que no era alemán, ni ninguna otra lengua de las más conocidas.

Se le enseñó un mapa de Europa, por si sabía leer, haciéndole señas de que dijese cuál era su país. Inútil gestión.

El preso miraba el mapa con una curiosidad infantil, denotando claramente que ignoraba lo que representaba aquel cuadro de colores, y aun menos las letras de que estaba cuajado.

Pedía de comer por señas; pero no salía de su lenguaje gutural, que no había quién entendiera. La justicia estaba cada vez más desorientada.

Entonces se apeló al último recurso; se pidieron intérpretes de casi todas las lenguas europeas con la esperanza de que alguno le entendiese. Ni una palabra consiguieron comprender de cuantas el preso pronunciaba.

El intérprete de árabe obtuvo el mismo resultado. Ya no se sabía qué hacer, cuando se presentó al juez





que entendía en el proceso un viejo sargento de la Guardia civil, hombre de muchos bigotes y muchísima sagacidad, y que conocía como pocos las astucias de los criminales.

Penetró en el calabozo donde se hallaba el preso, y sin decir palabra le estuvo examinando con toda detención, adquiriendo el convencimiento de que era un pillo de tomo y lomo.

Después, se le acercó y le dijo:

—Mira, muchacho, di la verdad y habla claro, porque ya *zabemos* quién *erez*.

El preso hizo como que no entendía y se encogió de hombros.

—Mira —repitió el sargento, que era andaluz cerrado— que *eza* lengua que hablas me la *zé* yo de memoria, y no te valdrán ardides. Conque hasta luego, que ya tendrás noticias mías.

Y, sin andarse en requilorios, dijo al juez que él había sido intérprete en asuntos semejante y que se comprometía a traducir cuanto dijera el desconocido.

—¿Pero usted sabe idiomas? —le preguntó el funcionario judicial.

—Yo los *zé toos* —repuso el sargento.

—Pues si usted logra que nos entendamos con el preso, cuente con que pido para usted una buena recompensa.

—*Puz* ahora mismo. Mande *uzté* que lo traigan, y ya verá lo que *ez* bueno.

El juez se apresuró a llamar al escribano y a mandar que trajesen al preso.

Este compareció muy tranquilo, seguro de que sólo

Dios podía entenderle, porque, como habrán comprendido los lectores, no hablaba ninguna lengua, sino que articulaba sonidos extraños para hacer que no le entendiera nadie, y de este modo desorientar a la justicia.

—¡*Jamalarraba!* —exclamó el preso al llegar.

—¡Intérprete! —dijo el juez—. Cumplid con vuestro deber.



—Ha dicho que *tengamo* buenas noches. Voy a contestarle por cortesía. ¡*Jamalapala!*

Nuevos gruñidos del preso, y otros no menos exprexisivos del intérprete, el cual, volviéndose al Tribunal, dijo con aplomo:

—*Ezte zeñó* parla el idioma de Picardía, que yo conozco por *laz puntaz* de *loz dedoz*.

Y después de otra serie de gruñidos, exclamó:

—Me *dise* que no me importa *zabé* cómo *ze* llama; pero que él *ez* el autor de *tooz loz crímenez* que *ze* han cometido, y que harán muy bien *zi* le condenan a garrote.

—¡Poco a poco!

—gritó en perfecto castellano el descon-

nocido—. Yo no he dicho eso, ni nada. Este hombre es un farsante. Yo diré la verdad.

Pero el sargento, con mucha tranquilidad, dijo al juez:

—¿No le dije a *uzía* que yo le haría explicarse? Miren *uztedez* si hablaba en pícaro; pero *eza partía* me la tenía yo *tragá*.

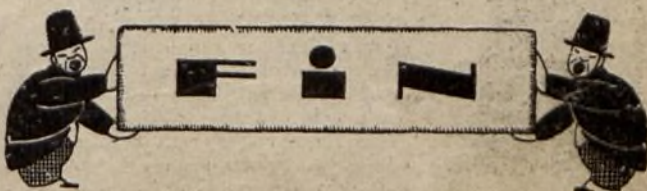
Y haciendo un saludo militar, se marchó de la sala donde estaba el juez.

El ladrón, convicto y confeso de sus delitos, fué condenado a presidio por muchos años, y el sargento, por su ingeniosa salida, obtuvo una recompeusa y la consideración de sus jefes.

Así fué como lograron descubrir al ladrón que tenía atemorizada a toda la comarca.

Y es lo que decía el sargento a sus hijos cuando recordaba el famoso caso:

—El que quiere *zer* algo, tiene que *aguzá* el entendimiento.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Antes de nada, querido buho, voy a obsequiarte con una golosina que de seguro te gustará.

—Ya sabes que a mí las golosinas no me apetecen mucho. Has de tener en cuenta, amigo Chonón, que el paladar de los pájaros no es como el vuestro.

—Ya lo sé. Pero esto que traigo aquí te tiene que gustar.

—O no.

—Te digo que te tiene que gustar. Otras veces al menos te he visto comer uno de un picotazo, otro de otro picotazo, y otro...

—Bueno, no sigas. Me he comido muchos de muchos picotazos. Pero veamos qué es eso que traes ahí y que tanto tardas en destapar. ¿Son cerezas?

—No son cerezas. Mira lo que es. ¿Te gustan?

—¡Caramba! ¡Bombones! ¡Y rellenitos! ¡Si que me gustan!

—¿Ves como sabía yo que esta golosina te gustaba?

—Has acertado. Vamos, pues, con los bombones, y mientras comemos podemos ir hablando de lo que tú quieras.

—¿No te parece que sería muy oportuno hablar de los bombones?

—Hombre, precisamente de los bombones, me parece poco interesante. Mejor será que hablemos del chocolate, que es de lo que se hacen los bombones.

—Pues como tú quieras. Hablemos del chocolate. Es cosa que me gusta mucho. Tú ya sabes que lo tomo todas las mañanas y que algunas veces en mi casa han aprovechado la afición que le tengo para darme gato por liebre.

—No te entiendo.

—Yo sí me entiendo y bailo solo. Hay veces (claro que cuando lo he necesitado) que me han dado una taza de chocolate purgante y me lo he tomado como si tal cosa.

—¿Entonces de qué te quejas?

—No me gusta que me engañen, querido buho.

—¡Ja! ¡Ja! Bueno, vamos al grano, al grano del chocolate, que es el cacao. El cacao es un árbol de no mucha altura y tronco no muy grueso que crece en climas muy cálidos y requiere suelo profundo, húmedo y muy fértil. Por ésto, donde se produce mejor y más abundante es en la República del Ecuador.

—En América, ¿no es eso?

No hay más República del Ecuador que la de América, Chonón.

—Ya lo sé; pero es que una asociación de ideas me ha hecho hacer esta pregunta. Me he acordado en seguida de Cristóbal Colón, porque si el chocolate se hace del cacao y este fruto es americano, debemos el chocolate y los bombones a Cristóbal Colón, ¿verdad?

—Exactamente. Cuando Colón descubrió América halló un árbol en el que notó que constantemente estaba lleno de capullos, flores y fruto. Este árbol era el del cacao.

—Entonces, los indios que vivían en América conocieron el chocolate antes que nosotros.

—El cacao, sí; pero el chocolate requiere cierta elaboración que ellos no conocieron. Se conformaban con secar las almendras de cacao y comerlas.

—Dime cómo se hace el chocolate, que es lo que más me interesa.

—No te impacientes, Chonón. En el tronco del árbol es donde crece una especie de calabazas alargadas que se llaman bayas y que contienen la almendra del cacao. Una vez extraídas estas almendras, se colocan en cajas de poco fondo y se exponen a la acción del sol.

—Se secarán.

—De eso se trata precisamente. Después de secas pasan al tostadero, donde mejora notablemente su gusto, pues cuando están tiernas tienen un sabor bastante amargo. Después de tostadas se les quita la cáscara y se pulverizan en el molino.

—¿Y ya está dulce?

—No, todavía no; hay que adicionar azúcar para que tome agradable gusto. Y ya tenemos hecha la sustancia del chocolate. Esta sustancia se funde a una alta temperatura y se convierte en una pasta líquida que se vierte en moldes diversos, donde se enfría y toma la forma que se le ha querido dar. Si además del azúcar se echa al cacao leche, vainilla, esencias de frutas, etc., etc., se pueden obtener los gustos más exquisitos y variados.

—Como el que tienen estos bombones.

—Como el que tenían, dirás, porque te los has comido todos.

—¿Pero tú no has comido también?

—¿Yo? Ni probarlos. Todo el tiempo se me ha ido hablando.

—Perdona, buho. Ni me he dado cuenta.

—Anda con Dios, y que te hagan buen provechito.

## CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS



Pueden tomar parte este nuevo **Gran Sorteo de Regalos**, no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre, magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baul «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número publicaremos una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número. Los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros números de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **Cuarto Gran Sorteo de Regalos**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

### PINOCHO

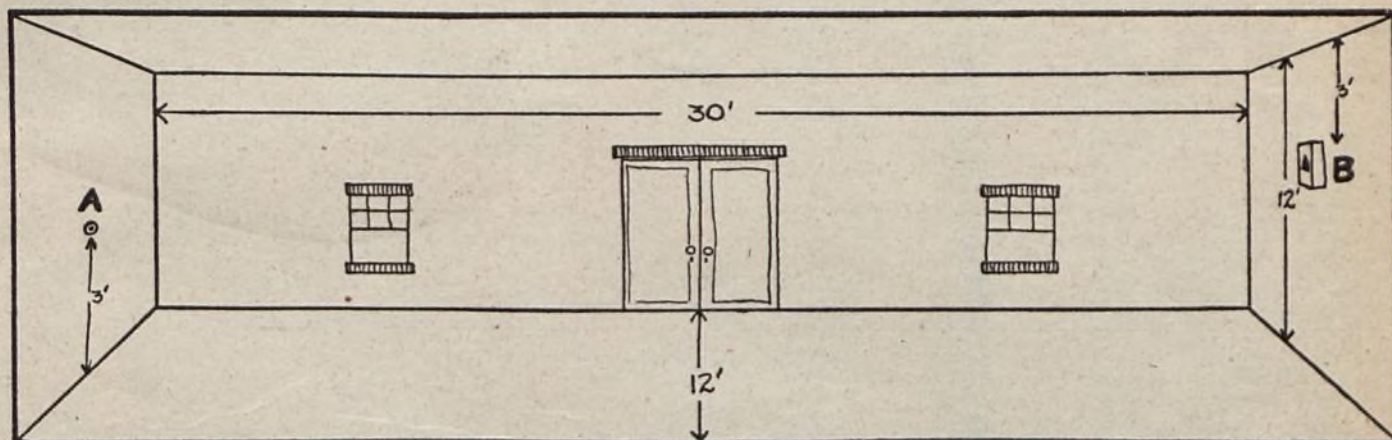
SORTEO DE REGALOS  
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 6

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

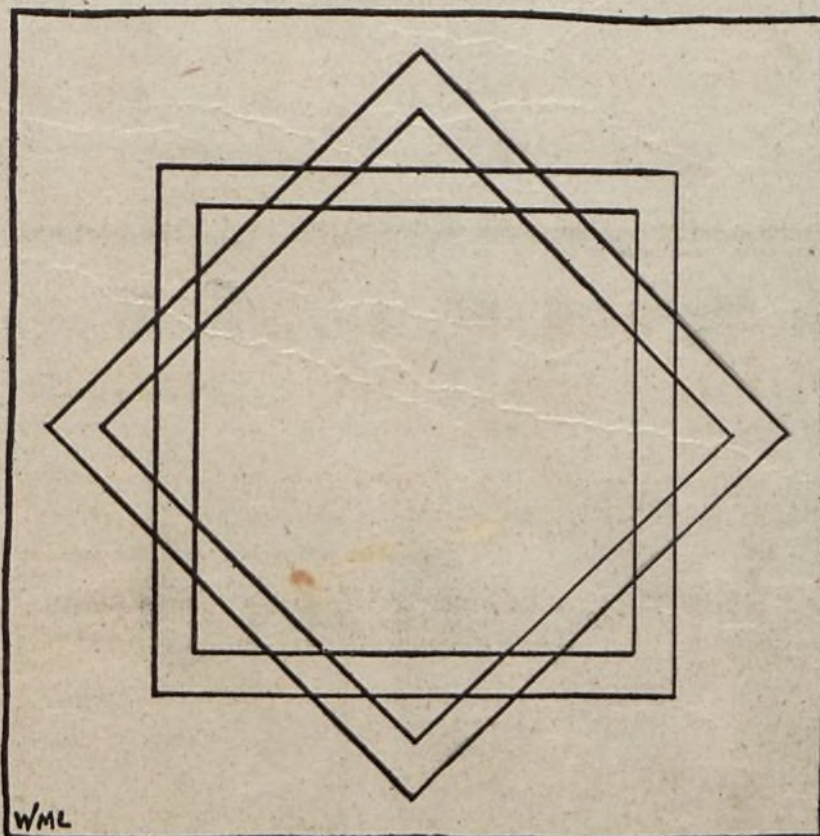
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## PROBLEMA



Como veis, el dibujo representa un salón en el que hay en la pared de la izquierda un timbre, A, y en la pared de la derecha un cuadro indicador, B. La habitación tiene, según indica el dibujo, 30 pies de larga, 12 de ancha y 12 de alta. Se trata de instalar un hilo que vaya desde el timbre hasta el cuadro indicador. ¿Cuál es el camino más corto? Es conveniente que os ejercitéis en esta clase de problemas, pues de este modo, si algún día os veis precisados a teneros que hacer vosotros alguna instalación, bien de luz eléctrica o de radiotelefonía, aprenderéis a conducir los hilos por el sitio más corto y ahorraréis tiempo y dinero.

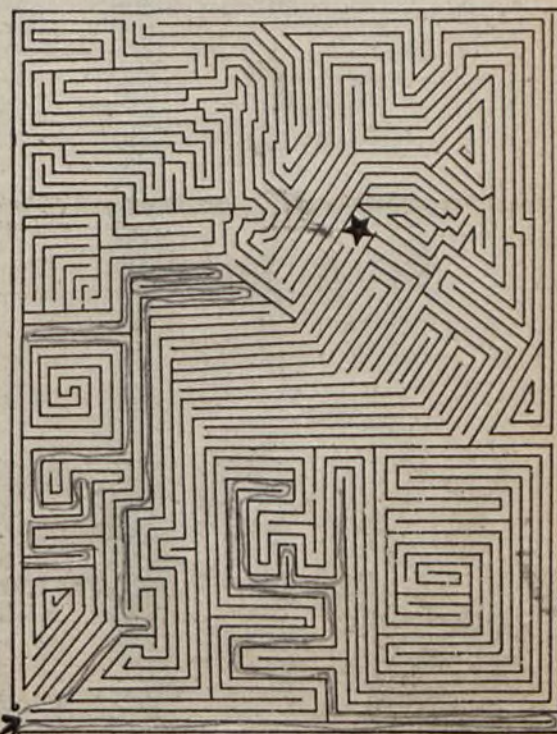
## ROMPECABEZAS



WML

Con un lápiz, y sobre un papel, trazad un dibujo igual al que os doy aquí sin evantar el lápiz y sin pasar dos veces por el mismo sitio, o sea de un solo trazo.

## LABERINTO



Entrad por la puerta señalada con una flecha y andando con mucho cuidado, pues si no os perderíais, llegad a donde está la estrella. Cuando hayáis hecho el recorrido, trazadlo sobre el adjunto laberinto y mandádmelo, que si está bien quizá os toque un premio.



# CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**R. G.**—Me sorprende sobremanera que guardes el secreto de tu nombre y apellidos tras el incógnito de unas iniciales, y me sorprende tanto más cuanto que los dibujos que me has enviado están insuperablemente bien hechos. Todos me han gustado de modo extraordinario; pero, sobre todo, el que titulas «Un río» es preciosísimo. Como sigas dibujando así, que si seguirás, vas camino de conquistarte un nombre artístico de gran fama. Recibe muchos y apretados abrazos.

**Maria y Manuel Nieto Molina.**—Como los dos sois hermanos y los dos competís en arte y buen gusto en vuestros trabajos, a los dos os contesto en una sola carta. Mis elogios más calurosos para los dos; mi felicitación entusiasta para los dos, y mis abrazos muy efusivos para los dos.

**Paulino Lillo.**—Yo no he visto nunca un castillo más formidable que ese castillo de tu tío Paulino. Con un castillo así me comprometo yo solo a hacer frente a cien mil chapetones aunque vengan armados hasta las uñas. Estoy seguro de que los recios muros, las altas torres, las infranqueables puertas del castillo de tu tío me pondrían a salvo de las acometidas de todos los ejércitos. Con un castillo así no se debe temer a nada ni a nadie. Bravo, querido Paulinito, eres un coloso en el arte de la guerra. Recibe la admiración y los abrazos más efusivos de Don Turulato, Currinche, Colorín, Pirula, etc., etc.

**Martin Lillo.**—Únicamente con la escuadra de dirigibles que has proyectado en tu precioso dibujo podría intentarse un bombardeo del castillo que tu hermano Paulino ha concebido. La lucha sería terrible; algo epopéyico, inenarrable. Y yo no me atrevo a prejuzgar el resultado de la lucha. Los dirigibles son formidables; pero el castillo... ¡Ese castillo es cosa muy seria, muy seria! En fin, publicaremos uno y otro dibujo en mi Revista, y luego ya veremos qué pasa. Tuyo siempre.

**Pilar H. Ros.**—Está tan divinamente hecho el dibujito titulado «Un niño jugando», que Colorín, en cuanto lo ha visto, se ha puesto a jugar con el niño

de la pelota. Irá a su tiempo a las columnas de mi Revista. Muchos abrazos de Pirula, Laura, Anita, etc., etc.

**Pepito Arlegui.**—Ni siquiera lo que me pides puedo concederte. Ya ves que es poco. Pues no puedo. El Gran Consejo Pinochista no permite emitir más fallos sobre los Concursos de Problemas y Pasatiempos que los que dictamina el Jurado que en cada caso se nombra al efecto. ¡Y este Jurado es tan rectísimo, que no admite recomendación ninguna! Si tus soluciones vienen bien hechas, ten por seguro que se recomiendan ellas solas. Si mereces premio, lo tendrás, querido Pepito, y si no... Te abraza tu incondicional.

**Norberto Plaza.**—Después de quinientas mil veces que he repetido lo mismo, no causa la menor extrañeza repetirlo una vez más. **NO HAY POSIBILIDAD DE REPRODUCIR LOS DIBUJOS HECHOS A LAPIZ.** Lo siento por tus preciosísimos dibujos y por ti, que seguramente te llevarás un disgusto. Te abraza tu gran amigo.

**Pilarín Huertas.**—Recoge Pirula tus dibujos de bordados por si puede aprovecharlos para encajar en alguna de las labores que publica en su sección. Esto te demostrará que le han gustado muchísimo y que su deseo es complacerte a ti con el deleite de los demás, porque no te quepa duda que tus dibujos son lindísimos y han de gustar mucho, mucho, a todas las Pinochistas que los vean. Abrazos.

*Pinocha*



## VIDA PINOCHISTA

Todos los PINOCHISTAS son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aseveraciones.



Nenesita Pereira.



Luis Castellón Rodrigo.



José Jácomez.



Agustina Romero.  
Zaragoza.

# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JULIO

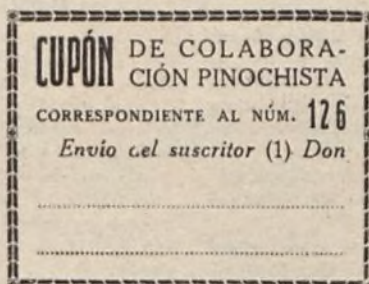
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Un barco de vela.  
PETRA L. NAVARRO.



El Cristóbal Colón.  
ROSARIO LOSADA.



Pinocho.  
SARITA BORRELL.



Pirula.  
SIMÓN SERRANO.

### Los dos huérfanos.

Marujita y Fernandito son dos niños muy aplicados. Ellos son huérfanos de padre y madre y viven en una choza solitaria, en un bosque cubierto de plantas y lleno de fieras. La choza está a tres leguas de distancia de la ciudad de Valparaíso. Un día iban solos a la escuela por el bosque, y de pronto oyeron unos aullidos lastimeros; fueron a ver qué pasaba y encontraron un pequeño lobo; lo recogieron, y luego, cuando fué mayor, le soltaron. Desde entonces los niños no volvieron a ir al colegio desamparados, porque al pasar por la selva el lobo los protegió y fué su amigo durante toda la vida.

JOAQUÍN DIEZ CANEDO.  
Siete años. Madrid.

### La bondad.

Una vez eran dos niñas, una se llamaba Pepita y otra Conchita; Pepita era rubia y muy guapa, pero era muy orgullosa, mientras Conchita era morena, muy buena y muy simpática.

Cierta día, al ir a la escuela, encontraron a un niño pequeño, pobre y desarrapado. Conchita le cogió por la mano y le dijo:

—¿Quieres almorzar?

—Sí —dijo el niño.

Y lo quería llevar a su casa, pero Pepita dijo:

—No quiero que mamá dé el almuerzo a ese niño tan desarrapado; Dios me libre de meterlo en casa.

Pero Conchita insistió; que sí, que lo quería llevar, que como su mamá era tan buena, a lo mejor lo recogía.

—He dicho que no quiero; sueltas a ese niño o te pego y le digo a mamá que no supiste la lección.

Y como Pepita era mayor, Conchita, muy triste, tuvo que obedecerle, y el niño se fué diciendo a Conchita:

—Dios te bendiga.

Y se fué llorando. Al llegar a casa, Conchita contó lo ocurrido a su mamá, y aunque Pepita lo negaba, al ver cómo lo decía Conchita, le hizo caso a ésta, que fué en seguida a buscar al niño y lo arreglaron.

Pasados algunos años, Juanito que así se llamaba el niño, fué muy estudioso y tuvo una carrera; Pepita se enamoró de él, pero quiso a Conchita, su bienhechora.

PILAR CANTON.  
Ocho años. Orense.

### La ollita prodigiosa.

Había en una casita de campo dos hermanitos huérfanos que cada semana iban al pueblo, pues allí tenían un tío que les daba algunas provisiones.

Un día que venían del pueblo, encontraron a un hombre que iba pobremente vestido, el cual les pidió limosna. Los niños, que eran muy caritativos, le dieron un pedazo de pan, que el viejecito aceptó gustoso. Después de haber comido el pan, el viejecito se transformó en un mago, y les dijo las siguientes palabras:

—Los niños caritativos como vosotros merecen premio, por lo que yo os regalo esta ollita prodigiosa, y cada vez que le digáis «Ollita, amiga nuestra, danos de comer», os preparará una buena comida, aunque estéis en medio del campo.

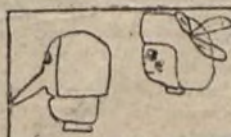
Al cabo de unos días, cuando escaseaban sus provisiones, probaron la eficacia de la ollita que les había regalado el mago y les salió tal como había dicho éste.

Con tan eficaz recurso vivieron felices hasta su muerte, que fué en edad avanzada, y todo en premio de su caridad.

SANTIAGO PERNAN.  
Diez años. Barcelona.



Aunque me gusta el bizcocho, prefiero leer  
PINOCHO.  
LUISITA CHÁVEZ.



Pinocho y Pirula.  
JULITA DARTRINA.



[Hasta los pajaritos quieren a Pirula!]  
AURORITA CARRASCO.  
Diez años.



Una lancha de pesca.  
ANDRESITO RUIZ.  
Siete años.



Don Turu.  
R. JUGO.



El Mannel Arnés.  
MAXIMINO ESCRIBANO.



Mi calendario.  
ELENA MATA.



Mi muchacha.  
J. ALVAREZ  
CASCOS.



Un tinerfeño.  
CONCHITA S. PINTO.  
Diez años.



Viva Pinocho.  
ROSARIO LOSADA.



Dos compinches.  
M. RUIZ.



# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

*Bordados de lana.*  
Ya os estoy oyendo exclamar, escandalizadas, al leer el título que encabeza

estas líneas: «¡Nuestra Pirula tiene trastornado el serrín que llena su cabecita de cartón! ¡Pues no se le ocurre hablarnos de lana con este calor!».

Precisamente, amiguitas queridas, ahora, y para adornar los trajecitos veraniegos, es cuando resultan más oportunos los bordados hechos con lana. Es la ley de los contrastes...

Sabéis, ¿verdad?, lo que es un contraste. Por si acaso, abrid vuestro *Diccionario de Calleja* y en él veréis que la palabra contraste tiene varias acepciones, varias explicaciones. La que nos interesa hoy es la siguiente: «Oposición o diferencia notable entre personas o cosas». Pues bien, por ley de los contrastes, entiendo que las cosas opuestas entre sí pegan a veces mejor unas con otras que las que son iguales o parecidas.

Fijaos: ¿Qué es lo que más os gusta en verano, una bebida caliente o un helado? El helado, naturalmente, porque forma contraste con la temperatura.

¿Y hay nada más bonito que una niña de pelo rubio y ojos negros o de pelo oscuro y ojos azules?

Si dos hermanitos son de carácter apacible, silencioso y dulce, el resultado quizá resulte un poquito soso; si los dos son agitados, ruidosos y vehementes, el resultado será insoportable.

En cambio, uno apacible y el otro algo ruidoso —no mucho, ¿eh?— formarán seguramente una parejita encantadora.

Lo mismo sucede con los colores; seguramente no se os ocurrirá adornar un vestido negro con un tono oscuro o apagado, como el gris plomo, el marrón o el verde botella. En cambio le irán muy bien adornos de color vivo, como el rojo o el amarillo limón, o suave, como el rosa pálido o el verde almendra.

Y ya que de vestidos hablamos, volvamos a nuestros bordados de lana, que, por ley de contraste, son más indicados aún que los de seda o de algodón para adornar los trajecitos veraniegos.

Por eso he elegido el mes de julio precisamente para presentaros estos modelos de bordados de lana, que reproduciréis fácilmente, para realzar con una nota original y graciosa la sencillez de un vestido ligero y transparente, de vuela o de crespón, o tupido y fresco, de *toile* de hilo. Si el vestido es amarillo, salmón, azul fuerte, verde, rojo o rosa, lo bordaréis con lana negra o azul marino.

Si el vestido es oscuro...

Pero no, en verano prefiero veros de claro; es más alegre.

¡Ah! No os vayáis a creer, después de lo que os he dicho, que estos bordados no sirven también para adornar los trajecitos de lana, sarga, gabardina o *kasha*, indispensables en verano para los días frescos, que abundan en la sierra o a la orilla del mar.

El adjunto modelo se compone de un traje de *toile* de hilo color rosa salmón y una chaqueta igual, bordada en azul marino.

El mismo modelo resultará igualmente adorable hecho en lanilla azul marino y

bordado en rojo. También puede combinarse el vestidito en vuela y la chaqueta en *toile* de hilo o en lana del mismo color y bordado, naturalmente, en tono opuesto.

## CHARLAS DE PIRULA... REPOSTERA

*La Gramática y los buñuelos de albaricoque.* (Golosina de julio.)—Me encanta recibir cartas vuestras, mis queridas lectorcitas, porque, además de ver así lo que me queréis, compruebo con alegría que vuestra ortografía es excelente, demostración de que sois inteligentes y aplicadas.

No sucede lo mismo con todos los niños; los hay —claro que muy pocos, porque sólo son los no Pinochistas y las no Pirulindas, y esos ya sabéis que andan escasos por el mundo— que cometen contra la Gramática faltas que le ponen a una los pelos de punta.

Recuerdo una niña que era una holgazana tremenda: nunca se sabía las lecciones ni tenía hechos sus deberes. Así no es de extrañar que a final de curso le sucediera la aventura siguiente:

Le dice el examinador:

—¡A ver, cíteme usted un ejemplo del verbo *yacer*.

Y la niña, acertando por casualidad, sin duda, contesta:

—El enfermo *gacía* en la cama.

—Muy bien —dice el examinador satisfecho—; ahora cíteme otro ejemplo del mismo verbo *yacer*.

Y como la casualidad de acertar no se da dos veces seguidas, contesta la niña tan tranquila:

—*Yace* tiempo que no llueve.

Horrible, ¿verdad?

Y como en esto de pecar contra la Gramática no tienen, ni mucho menos, el monopolio las niñas, también sé de un niño a quien le pidió el maestro que dijera palabras que empiezan por *b* alta, y va y contesta:

—*Bino, benir, buelo, Balencia.*

Luego le pide el maestro un sustantivo que empiece con *m* y contesta:

—*Muñelo.*

Lo más gracioso es que yo os he contado todo esto precisamente para llegar a hablar de los buñuelos, porque os quiero dar una receta de *muñuelos*... ¡perdón!, de buñuelos de albaricoque, riquísimos.

Se hace primero la siguiente masa:

Se cogen 250 gramos de harina; se hace en el montón un hueco, en el cual se meten dos yemas de huevo, una cucharada de aguardiente y un poco de sal fina; se amasa todo junto y luego se le añade a esa pasta un vaso de leche, echándolo poco a poco a fin de que la harina no forme grumos; cuando la masa está muy lisa se complementa con las dos claras de huevo, batidas a punto de nieve, que se mezclan con cuidado.

Por otra parte, se cogen unos albaricoques que no estén muy maduros y, sin mondarlos, se cortan por la mitad para quitar los huesos; luego se parten en rajas del grueso de una moneda de diez céntimos; se moja cada raja de fruta en la masa y se frien en aceite muy caliente.

Estos buñuelos se sirven espolvoreados con azúcar.

En lugar de hacerlos con albaricoques, pueden hacerse con manzanas; en este caso se eligen las llamadas *renetas* y se mondan antes de partirlas en rajas.

